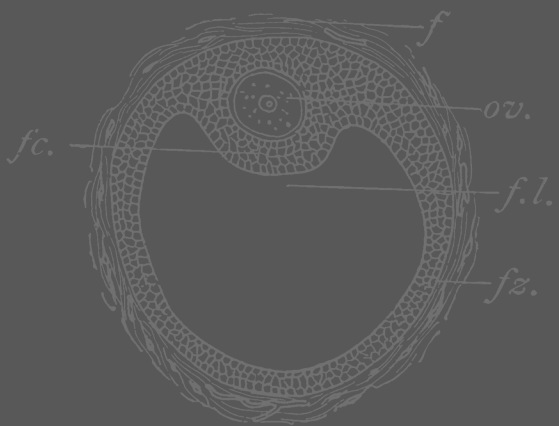
# La orfandad de las semillas

f
oz.
f.l.
fz.

# La orfandad de las semillas

Lourdes Meraz




BARKERBOOKS

BARKERBOOKS

**LA ORFANDAD DE LAS SEMILLAS**

**Derechos Reservados. © 2023, LOURDES MERAZ**

Edición: | BARKER BOOKS®
Diseño de interiores y portada: Gustavo Novas | BARKER BOOKS®
Ilustración y concepto de portada: Paulo Riqué y Lourdes Meraz

**Primera edición. Publicado por BARKER BOOKS®**

**I.S.B.N. Paperback | 979-8-89204-304-5**
**I.S.B.N. Hardcover | 979-8-89204-305-2**
**I.S.B.N. eBook | 979-8-89204-303-8**

**Derechos de Autor - Número de control Library of Congress: 1-13172860401**

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros, sin autorización expresa y por escrito del autor. En caso de requerir o solicitar permiso del autor, envía un email a la casa editorial o escribe a la dirección abajo con el motivo "Atención: Coordinación de Solicitud de Permiso". La información, la opinión, el análisis y el contenido de esta publicación es responsabilidad de los autores que la signan y no necesariamente representan el punto de vista de BARKER BOOKS®, sus socios, asociados y equipo en general.

BARKER BOOKS® es una marca registrada propiedad de Barker Publishing, LLC.

**Barker Publishing, LLC**
500 Broadway 218, Santa Monica, CA 90401
https://barkerbooks.com
publishing@barkerbooks.com

*Para Paulo Riqué y sus campos de trigo*

Abro los ojos. Siempre abro los ojos antes que tú. Desde siempre has necesitado dormir más, comer más, reír más.

Es una gran ventaja que seas todo eso de más porque tal vez gracias a ello has sabido siempre ponerme de buen humor. No deja de sorprenderme. Desde que tú y yo empezamos, contigo puedo reírme como cuando era niña. No te lo he dicho, pero es entonces cuando creo que eres mi héroe.

Que tu abrazo no me falte, Román. Ni tu cariño ni tu mirada de gato adormilado en las mañanas. Que no se me acaben las ganas de regalarte el cielo. Que no me canse de construir esto que nos sucede todos los días. Que no se te acabe la sagrada paciencia que tienes para cuando me pongo insoportable.

No puedo evitar envidiarte. Debería aprender a continuar mi sueño más tiempo, a domar las ganas de levantarme, a vencer la prisa, a caminar con más calma. También debería aprender a cocinar como tú y despreocuparme un poco por la cantidad de trastes que se quedan en el fregadero cuando has terminado.

Lo bueno es que te quiero el cielo.

Hoy te voy a regalar otra vez el café que estos nuevos domingos no has dejado de agradecer.

El exprés de las mañanas es el pequeño paraíso que no estamos dispuestos a compartir; el ritual que conservamos intacto sólo para nosotros. Ese en el que decidimos el rumbo del día, el lugar donde habremos de meternos o las películas que no compartiremos con nadie porque sólo tenemos este día para dejar entrar aquella parte del mundo que se nos antoje.

Contigo las cosas simplemente embonan. Por supuesto que no siempre es tan sencillo.

Despierta, morsi.

Despierta, pequeño gato gordo.

Ya despierta. Tengo hambre y esta mañana te toca cocinar.

Despierta que me comería un caballo entero.

Román... ¡Despierta, Román!

Algún día lograré despertarte con el poder de mi mente. Un día me meteré a la mitad de tu sueño y te lo diré de frente, en medio de lo que esté pasando: "¡A ver, Román! ¡Órale! Despiértate que te toca cocinar, y aunque estés frente a una sirena, se me antojan unos chilaquiles gratinados en salsa verde".

Entonces, para impresionarme, tú también te convertirías en sireno y me tratarías de convencer para que me quedara ahí contigo otro rato. Me prometerías que algo

alucinante podría estar a punto de suceder: que aparecería el personaje famoso que se me ocurriera para platicarme un secreto o que podríamos tejer ahí mismo otro sueño. Y me caes tan bien que seguro lograrías convencerme, pero soy tan impaciente que apenas acepte, te volveré a exigir mis chilaquiles gratinados y, entonces, haciendo mirada de gato gordo, despertarías.

Seguramente por eso despiertas los domingos con cara de gato gordo. A lo mejor, sin darme cuenta, sí me meto en tus sueños y por eso nos adivinamos el pensamiento.

Yo pensé que estas cosas no pasaban. Que no se me acabaría el miedo. Que podría seguir infinitamente de cuerpo en cuerpo, de silencio en silencio, regresando siempre al mismo punto de partida: mi departamento y mi cama.

Tú me detuviste y pediste mi mano. Tú me hiciste dejar de cabalgar y le diste orden a mi cabeza. Tú me diste el silencio que tanto necesitaba. También la brújula. Me diste ese viaje en el que atravesamos el mar. Me diste el anillo que traigo puesto. Me has dado estos días en los que siento que casi siempre soy una sonrisa.

Quiero crecer, Román. Quiero extenderme. Desdoblarme.

Quiero mirarte y mirarme en otros ojos. Quiero palpitar acompañada. Quiero mirarnos fuera de nosotros. Quiero otra oportunidad. Quiero el paso siguiente.

Quiero que elijamos un nombre que pueda ser habitado por alguien tuyo y mío con todo y apellidos.

Esta vez será distinto.

Algo solamente nuestro. Alguien que no sea un error. Quiero alguien que no se llame como tú o como yo. Alguien nuevo que no herede los miedos de mi madre o los míos. Alguien que pueda aprender de tus ojos buenos y se sienta también bajo el cobijo de tu abrazo único.

Es la primera vez que me palpita el deseo y me palpita contigo. Supongo que es así porque nadie antes me había dado tantas certezas.

Desde hace un tiempo tengo la sensación de que estoy lista. No es algo que pueda razonar. Es algo que simplemente sé. Que en cualquier momento podría entregar uno de mis frutos. Que tengo frutos. Que puedo formar y resarcir mi tribu contigo.

Cuando se lo platiqué a mi madre se dio a la tarea de decirme todas las desventajas. Es inevitable pensar que, aunque ya no estamos cerca, no dejaré de ser su desventaja.

Ella tiene todas las advertencias afiladas porque quiere evitarme una decisión precipitada. Casi se muerde los labios para no decir "la desgracia". Y la entiendo. Hizo lo que pudo sin más apoyo que el de mi abue. La verdad no lo hizo del todo mal. Mírame. Sabes que puedo ser todo el cariño. ¿Acaso no crees que soy capaz de enseñarle el mundo a alguien desde un lugar distinto?

Tú y yo podemos aprender juntos a ser otros aparte de estos que ahora somos.

Román.

Despierta, Román.

Quiero un hijo tuyo.

EMPEZARON a coger con frecuencia, con entusiasmo, con mucha sonoridad. Al principio sólo dejaron de cuidarse y Román se sentía como en la segunda luna de miel. Ella hacía bromas sobre posibles conversaciones entre sus aparatos reproductores. Hacía acentos de distintas nacionalidades y, después de cada acto, grababa en su celular esas entrevistas que desternillaban de risa a Román.

—General, cuéntenos por favor, qué tan entrenao está este batallón que acaba usté de mandar a la guerra.

—Pues, todos comieron antes de...

—¡No, morsi! ¡Tienes que hablar como gachupín!

—Vale, vale que... Sí. Mire, os he alimentao muy bien a to'os.

—Pero ¿en qué consistió el entrenamiento, general?

—No se lo puedo decir. Es secreto de Estao.

—Hombre, general, que esta entrevista es su oportunidad de haceros famoso.

—No pueo, no pueo. Mis códigos de ética son infranqueables. Aunque tenga usté las teticas muy ricas. Además, yo ya soy muy famoso.

—Estás empezando a hablar como cubano, Román.

—Es que... mile que yo soy muy velsátil. Hay que estal listo pa' to'o.

—Díganos, general, ¿había algún soldado especialmente sobresaliente? ¿Algún héroe de guerra cuyo nombre valga la pena recordar? ¿Algún genio de la estrategia? ¿Cree usté que entre ellos se encuentre el siguiente Napoleón Bonaparte?

—Me está usté pidiendo que le diga el nombre de to'os mis soldados. Todos ellos son auténticos héroes de guerra. Y la verdá que no puedo responder cabalmente a esa pregunta porque mandé a millones y no me acuerdo del nombre de to'os.

—Válgame el cielo, mi general. Si usté ha mandado a millones de soldados, todos héroes, seguro que ganaremos esta guerra.

—¡Hombre! Usté no se aflija.

—Vale, gracias, mi general. Y ustedes, amigos televidentes, gracias por acompañarnos en otro episodio de *Grandes batallas de la historia*. No deje de sintonizarnos en la próxima follada que puede ser en la mesa, en la calle o en la cama. Se despide de ustedes, Cariñosa Rodríguez.

Millones de espermas salieron disparados. No todos con fuerza, pero sí con el mismo objetivo. En realidad, pocos cumplían a cabalidad con los requisitos: ser perfectos. Sin deformaciones monstruosas, con una cola trepidante que les brindara una propulsión poderosa y una velocidad récord. Los contemplativos, los más lentos, los raquíticos, los desorientados y los bicéfalos debían darse por muertos.

El recorrido estaba hecho sólo para los emisarios más vigorosos; para los inalcanzables que tuvieran una punta de cabeza lo suficientemente sólida para proteger la preciada carga genética que a cada uno de ellos les había sido concedida.

Debían tener los reflejos necesarios para surcar con agilidad entre la mucosa que se encontraba a su paso; debían sumergirse mar adentro con toda la energía contenida en sus dos milésimas de milímetro de largo. Debían al menos superar esos cuatro centímetros que hay de la cérvix al cuello del útero. Debían estar listos

para las ocho horas que les llevaría lograr andar el inicio de ese camino.

Por eso eran una legión de millones. La regla dice que todos ellos están destinados a la aniquilación, salvo uno, así que en esas proporciones, a la madre Biología no le da por escatimar.

Para cuando se alcanzaba a asomar la planicie del útero ante ellos, ya sobrevivía apenas sólo una docena. Los demás, o se habían estancado en algún recoveco sin salida o habían sido quemados por el ácido que se derramaba por todos lados. Estaba claro que no eran bienvenidos y que todos los sistemas de alerta se habían encendido no sólo para detenerlos, sino para exterminarlos con lujo de violencia. Lo que seguía era un valle en el que les esperaba el ataque de la sangre. La desventaja numérica entre los espermas y los glóbulos rojos, conocedores de su territorio, muchas veces podía dar fin a la contienda. En la afanosa búsqueda para preservar la vida, cada paso parece más mortífero que el anterior.

Doce horas después de esa batalla para la que habían sido destinados, venía la escarpada subida hacia la fortaleza que resguardaban las trompas.

¿Cuántos podrían continuar para ese momento? ¿Dos? ¿Tal vez tres? Como sea, tampoco tenían el tiempo a su favor. Después de todo el esfuerzo posible, encontrarían que esa gigantesca célula que había sido

tan codiciada, aún no estaba en condiciones de darle el triunfo a ningún elegido.

Pudieron haber tenido todo el arrojo a su favor, pero —mala suerte— la sincronía parecía ser una caprichosa coincidencia que no estaba dispuesta a darle su venia a ninguno.

Al menos no en esta ocasión.